

MARCOS LÓPEZ HERRADOR

# EL FINAL DE LOS DÍAS

LA CAÍDA DE ROMA III  
(416 D. C. AL 476 D. C.)

NOVELA

SEKOTIA

© Marcos López Herrador, 2022  
© a la edición Editorial Almuzara, S.L., 2022

Primera edición: octubre de 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • NARRATIVA CON VALORES  
Editor: Humberto Pérez-Tomé Román  
Maquetación y corrección: Manuel Ortiz de Galisteo

[WWW.SEKOTIA.COM](http://WWW.SEKOTIA.COM)  
[info@almuzaralibros.com](mailto:info@almuzaralibros.com)

EDITORIAL ALMUZARA  
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4  
C/8, Nave L2, nº 3, 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls  
ISBN: 978-84-18414-52-7  
Depósito legal: CO-1412-2022

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*A Gabriel*

# Índice

CAPÍTULO I. GOLPE DE MANO Y RESCATE .....	13
CAPÍTULO II. CONSTANCIO Y GALA PLACIDIA.....	28
CAPÍTULO III. DESTIERRO EN CONSTANTINOPLA.....	44
CAPÍTULO IV. CONTRA JUAN, EL USURPADOR DE RÁVENA .....	59
CAPÍTULO V. EL DIFÍCIL ÉXITO DE GALA PLACIDIA .....	70
CAPÍTULO VI. LUCHA POR EL PODER .....	81
CAPÍTULO VII. LOS VÁNDALOS EN ÁFRICA.....	94
CAPÍTULO VIII. AECIO, EL ÚLTIMO ROMANO.....	109
CAPÍTULO IX. BAGAUDAS.....	123
CAPÍTULO X. CONSPIRACIÓN EN CARTAGO .....	144
CAPÍTULO XI. GENSERICO CONQUISTA CARTAGO.....	158
CAPÍTULO XII. ATILA .....	172
CAPÍTULO XIII. CRISIS EN EL ESTE Y EN EL OESTE .....	184
CAPÍTULO XIV. ATILA ÚNICO REY DE LOS HUNOS.....	199

CAPÍTULO XV. CONSTANTINOPLA EXPUESTA.....	209
CAPÍTULO XVI. COMLOT DE HONORIA.....	223
CAPÍTULO XVII. COMLOT CONTRA ATILA.....	235
CAPÍTULO XVIII. ATILA PROTAGONISTA.....	252
CAPÍTULO XIX. JUSTA GRATA HONORIA PROMETIDA.....	265
CAPÍTULO XX. VIENTOS DE GUERRA.....	283
CAPÍTULO XXI. EL AZOTE DE DIOS.....	303
CAPÍTULO XXII. AURELIANORUM, EL SITIO.....	318
CAPÍTULO XXIII. AURELIANORUM, EL ATAQUE.....	330
CAPÍTULO XXIV. LOS CAMPOS CATALÁUNICOS, LA BATALLA.....	342
CAPÍTULO XXV. ATILA EN ITALIA.....	369
CAPÍTULO XXVI. MUERTE DE ATILA.....	395
CAPÍTULO XXVII. MUERTE DE AECIO.....	410
CAPÍTULO XXVIII. MUERTE DE VALENTINIANO III.....	422
CAPÍTULO XXIX. GENSERICO SAQUEA ROMA.....	432
CAPÍTULO XXX. EL EMPERADOR AVITO DEPUESTO Y EJECUTADO.....	450
CAPÍTULO XXXI. MAYORIANO, EMPERADOR.....	466
CAPÍTULO XXXII. MAYORIANO, PACIFICADOR.....	479
CAPÍTULO XXXIII. MAYORIANO: LA OPORTUNIDAD PERDIDA.....	495
CAPÍTULO XXXIV. LIBIO SEVERO, EMPERADOR TÍTERE.....	514
CAPÍTULO XXXV. PROCOPIO ANTEMIO.....	529
CAPÍTULO XXXVI. LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD.....	543

CAPÍTULO XXXVII. LA MUERTE A TODOS IGUALA.....	558
CAPÍTULO XXXVIII. EL FINAL DE LOS DÍAS .....	571
EPÍLOGO.....	583
BIBLIOGRAFÍA.....	587

CAPÍTULO I  
GOLPE DE MANO Y RESCATE

A. D. 436  
1189 *Ab urbe condita*

La fortuna siempre es adversa para aquellos cuya voluntad de sobrevivir ya no encuentra su destino.

Roma vivía sus horas más oscuras. Las sombras no dejaban ver lo cerca que se encontraba un final que debiera resultar evidente hasta para los más ciegos, y que, sin embargo, ni los más agudos observadores de la realidad, los más inteligentes, aquellos que ostentaban el mayor poder y estaban en posición de tener un conocimiento preciso de los acontecimientos, o no querían o no podían siquiera intuir. El Imperio forjado por la ciudad, en cuya fundación le fue profetizada una existencia de doce siglos, que estaban a punto de cumplirse, vivía ahora lo que para ella iba a significar el final de los días.

Hacia solo un año que se había alcanzado un acuerdo con Genserico por el cual se le reconocían los territorios que dominaba en el norte de África, a cambio de que respetara el norte de la provincia protoconsular de Cartago y su capital. En garantía del cumplimiento del correspondiente tratado suscrito, se le exigió que entregara como rehén a su hijo Hunerico, que fue

llevado a Roma, a la edad de quince años y al que acompañó su madre, Hiana, esposa del rey vándalo.

Parecía que el Imperio de Occidente había alcanzado un periodo de estabilidad y calma que no se disfrutaba desde hacía años, pero en realidad no eran tiempos propicios a que la paz se mantuviese durante mucho tiempo. Demasiados personajes poderosos tenían sus propios planes y ambiciones que alimentar.

Aquila era el nombre de la liburna que, en medio de las sombras, en absoluto silencio y sin utilizar los remos para no hacer ruido, se dejaba llevar suavemente por una ligera brisa de barlovento, que impulsaba la nave en su aproximación al puerto de Ostia.

La noche era algo fría y una incipiente luna menguante apenas era capaz de iluminar más allá de su propio reflejo en las olas de un mar en calma. Ni un farol, ni una sola lámpara estaba encendida a bordo. La única luz que podía verse en la lejanía era la correspondiente al faro de la bocana del puerto.

Esta liburna era una de las quince que, junto con otros barcos, había pertenecido a la flota con base en el puerto de Miseno, la *Classis Miseniata*, y que había caído en manos de los vándalos cinco años atrás, cuando estos tomaron el puerto de Hippo Regius, en el norte de África, y habían capturado los barcos allí anclados. La liburna era uno de los navíos enviados desde Italia para reforzar a la *Classis Mauretana*, con base en el puerto de Cesarea, en una campaña contra la piratería en esos mares, especialmente peligrosa por la actividad de piratas como Arkonio, que finalmente acabó uniéndose al bando de Genserico.

—Pásame la mochila —dijo uno de los que se disponía a abandonar el barco por la amura de estribor, donde esperaba una lancha, que llevaría a tierra al grupo de seis, que se preparaba para bajar a ella.



—¡Silencio! He dicho que ni una palabra, ni un solo ruido —dijo el que parecía estar al mando.

Los seis encapuchados, con las capas recogidas en la cintura para no enredarse al bajar, descendieron hasta la lancha en la que les esperaban dos remeros que serían los encargados de traerla de vuelta.

La liburna había venido protegida por una flota de otros seis barcos de guerra, que habían quedado esperando en alta mar para evitar ser descubiertos. El comienzo del otoño no era precisamente el mejor momento para navegar, y más estando a punto de terminar la temporada, que no abriría el mar a la navegación comercial hasta el final del invierno. Sin embargo, salvo una fuerte lluvia del día anterior, la travesía había sido tranquila y el mar se encontraba en calma.

Algunos de entre los seis que se acomodaron en la barca tomaron a su vez unos remos para hacer que se aproximara a tierra en el menor tiempo posible. Todos se mantuvieron en silencio, tal y como se les había ordenado, aparentemente concentrados en la acción que estaban llevando a cabo. Los remos apenas producían un sordo rumor que se confundía con el oleaje, mientras la barca se desplazaba suavemente y la luz del faro se hacía cada vez más próxima.

Llegaron sin mayor contratiempo a la orilla y arribaron justo en la desembocadura de la fosa de Trajano, el canal mandado construir por este emperador, que remodeló profundamente el puerto. Unía el mar con el río, y comunicaba la dársena principal con su forma hexagonal al Tíber. Conforme desembarcaron, al pie de la rampa interior que salvaba el desnivel producido por el talud del espigón del puerto, todos comprobaron que la espada corta que llevaban se encontraba bien sujeta y disimulada bajo su sobretúnica y que el puñal seguía oculto en el manto, de modo que además no chocaran con nada metálico para evitar hacer ruido. Uno de ellos dio unos saltitos

sobre el lugar en el que se encontraba para confirmar que nada de metal que llevara encima pudiera delatarlo. Todos llevaban consigo un trozo de soga, siendo las armas descritas las únicas que portaban. Se pretendía que aparentaran ser cualquier cosa menos hombres de armas.

La barca que les había traído comenzó su regreso, guiada por los dos remeros que quedaron a bordo, tan sigilosamente como había llegado.

Los seis que habían quedado en tierra se movieron en dirección de la dársena principal, buscando el almacén de la sal, junto al que se encontraba la conocida taberna de Glauco Estrabón, un chipriota superviviente de todos sus naufragios personales, que había recalado en este rincón del mundo, sin que nadie hubiese sabido decir si era para esconderse o para encontrar un lugar desde el que volver a huir. Sin ser nada de fiar, sabía ganarse la confianza de quienes le conocían, como suele ocurrir con todos los que sobreviven a sí mismos.

Los recién llegados se echaron la capucha y se pegaron al muro, siguiendo al que les guiaba, que conocía el puerto de cuando acompañó al príncipe Hunerico en su viaje a Roma para quedar como rehén, en garantía del tratado que su padre acababa de firmar con el Imperio. Los seis avanzaban sigilosamente en la oscuridad.

—¡Alto...! —susurró el que iba en cabeza, moviendo su mano de arriba abajo a la altura de su cinturón, mientras con la otra sacaba la daga que llevaba oculta.

Todos pararon en seco y contuvieron la respiración. Un miembro de la guardia del puerto se acercaba. Iba a descubrirlos nada más doblar la esquina. Otros dos tomaron el puñal para no dar al guardia la mínima oportunidad. En el absoluto silencio de la noche, los que iban en cabeza oyeron cómo el guardia dejaba descansar la lanza en el suelo y apoyaba la punta en el muro. Acto seguido escucharon cómo se ponía a tararear

entre dientes una canción, y cómo un chorro líquido impactaba contra la pared y ya en el suelo superaba la esquina para encontrar por donde fluir. Todos se miraron unos a otros conteniendo la sorpresa y alguno la risa. Tras emitir lo que pareció un suspiro de alivio, tomó su lanza y volvió por donde había venido.

Esperaron con la respiración contenida mientras el guardia se alejaba hasta perderse de vista.

—¡Vamos...!

El grupo se puso en marcha nuevamente, siempre pegado a la pared. Cuando llegaron a las inmediaciones de la taberna de Glauco, se detuvieron y uno a uno, en espacio de tiempos irregulares, fueron separándose para entrar de forma que nadie pudiera percibir que venían juntos. El local era un antro escasamente iluminado apenas por algunas lucernas distribuidas de cualquier manera, donde nadie era capaz de fijarse en nadie, y más a esas horas de la noche, en las que quienes allí se encontraban llevaban horas bebiendo y no estaban para poner atención a otra cosa que no fuese el vino que bebían o las abundantes carnes de las mujeres dedicadas a servirles en cualquier sentido.

Cuando todos estuvieron dentro, el dueño de la taberna, advertido por el desconocido que le había contratado, supo identificar a los recién llegados y de forma discreta los fue invitando a pasar al interior.

—Tenéis sobre la mesa algo para comer y un vino que espero que no os disguste —dijo Glauco retirándose.

Los presentes esperaron a que el tabernero saliera de la estancia y cerrara la puerta. El lugar era una alacena o pequeño almacén que parecía estar sin encalar desde que el edificio fue construido. Era un cuarto interior, sin ventanas, apenas alumbrado por una lucerna de seis luces y dos lámparas de aceite sobre la mesa. Uno de los que allí estaba pensó que bastaría con

atrancar la puerta por fuera para que todos quedaran apresados y sin posibilidad de escapar.

El que había contratado a Glauco pareció intuir lo que algunos podían pensar.

—Tranquilos, es de fiar —dijo.

Todos le miraron.

—¿Seguro? —preguntó el que estaba al mando.

Pareció que el otro se pensaba la respuesta.

—Bueno, es tan digno de fiar como alguien que ha sido bien pagado... y mejor amenazado, creo.

Hubo un silencio.

—Más te vale que sea así. Y esto debes saber que sí es una amenaza.

El interlocutor tragó saliva y mudó el gesto.

—Estoy convencido de que no nos traicionará —dijo procurando que no se le quebrara la voz al responder.

El que iba al mando prefirió dejarlo estar.

—¿Tienes todo previsto?

—Todo está preparado —fue la respuesta de un hombre aliado al ver que se cambiaba de conversación—. Tenéis en la cuadra caballos preparados para que antes del amanecer podáis desplazaros hasta Roma y los dejéis en un establo situado junto al Celio. Está muy cerca del lugar que se me ha dicho. Allí podréis quedaros hasta que anochezca —el que hablaba hizo una pausa para tomar aliento—. De madrugada encontraréis un *lintres* en el Emporium, que os sacará de la ciudad y os conducirá a la desembocadura del Tíber.

—¿Dónde dices que estará?

—En el Emporium, en el puerto fluvial de Roma. Está muy cerca del Aventino.

—Bien —respondió el recién llegado.

Se hizo un silencio.

—Entonces, si me lo permites, yo me retiro. Volveré dentro de unas horas para conducirlos hasta Roma.

No recibió más respuesta que un gesto de asentimiento.

—Bueno, me voy y os dejo comer algo y que podáis descansar.

A Roma llegaron al amanecer y pasaron el día escondidos en el falso techo del establo en donde dejaron los caballos, que les habían servido para hacer el trayecto desde el puerto de Ostia.

—Se trata de una de las suntuosas casas del senador Lucio Anicio Probo. Se encuentra junto a los palacios imperiales, pero no en el Palatino, sino aquí en el Celio.

—¿Qué vigilancia tiene?

—En realidad la vigilancia es muy escasa. La verdad es que los dos rehenes que la habitan tienen durante el día bastante libertad de movimiento. Eso sí, siempre están acompañados. De noche, hacen guardia seis soldados de palacio, más acostumbrados a desfilar y figurar que a utilizar las armas. Lo cierto es que no están en actitud de defender la casa, pues nadie espera que los residentes sean atacados. Más bien su misión es vigilar que no intenten escapar aprovechando las ventajas que pueda proporcionar la noche.

—¿Cómo podemos acceder?

—Tres de vosotros podéis entrar saltando la tapia del huerto, que no es muy alta, para neutralizar a los que estén en ese momento en su puesto. Nunca hacen guardia más de tres a la vez. Uno vigila la parte de atrás, otro el atrio, junto a la puerta principal de entrada, y un tercero guarda los dormitorios, en la primera planta. Una vez que lo logréis, uno de los esclavos, que está con nosotros, abrirá la puerta principal a los demás. Entonces podréis acabar con los otros vigilantes que se encontrarán en el puesto de guardia, situado junto a la cocina.

Cuando la noche se cerró y las calles quedaron a oscuras, el grupo se acercó a la casa sin ser visto y, localizada la tapia del

huerto, unos haciendo con las manos la forma de estribo ayudaron a encaramarse al muro y saltarlo a los que tenían que entrar por allí. Procuraron no hacer ruido, pero algo pareció percibir el guardia que custodiaba la parte de atrás de la casa, que se acercó con cierta desgana, pensando que otra vez los gatos andaban enredando. Los tres asaltantes se agazaparon detrás de un seto y, cuando el guardia llegó a su altura, la daga de uno de ellos se clavó verticalmente debajo del maxilar inferior de aquel desgraciado y, atravesándole la lengua y el paladar, acabó hincada en su cerebro. Con un movimiento decidido y brusco tiró del puñal sacándolo entre un borbotón de sangre. El guardia estaba muerto, antes de empezar a desmoronarse y caer al suelo con los ojos enormemente abiertos.

Sigilosamente, entraron en la casa y se dirigieron al atrio, ocultándose tras unas columnas del fondo. Allí esperaba Gerón, el esclavo vándalo que, al verlos, hizo un gesto llevándose el dedo índice a los labios, indicando que no hiciesen ruido.

—¿Quién anda ahí? —dijo alzando la voz el guardia que custodiaba la zona de la entrada a la casa.

Gerón se acercó a donde el que había preguntado se hallaba.

—¿Qué haces? —dijo este de no muy buen talante.

—Voy a la cocina. El príncipe me ha pedido que le suba fruta —respondió el esclavo con una seguridad que le sorprendió a él mismo.

—¿Ocurre algo? —preguntó uno de los guardias que no estaba de puesto y se encontraba jugando a los dados con el resto, junto a la cocina.

—Nada..., nada, todo está bien. Es Gerón que va a la cocina —respondió el interpelado.

—Mejor así —dijo el otro guardia—. Vamos muchachos dadme los dados, que me toca. En esta jugada me saldrá Venus. Os voy a desplumar —dijo mientras volvía con los otros.

En ese momento, uno de los asaltantes echó una soga al cuello del soldado que se encontraba en el atrio y apretó con todas sus fuerzas. Instintivamente, el agredido soltó la lanza y se llevó las manos al cuello, tratando desesperadamente de desasirse, sin lograrlo. Gerón anduvo ágil y pudo coger el arma que había quedado en el aire, evitando así que cayera sobre el mármol, haciendo un ruido que seguramente alertaría al resto. Cuando el estrangulado dejó de agitarse, lo arrastraron a un lado para ocultar el cadáver.

Acto seguido, Gerón entreabrió la puerta de entrada y accedieron los que estaban fuera. Los tres recién llegados se dirigieron a la escalera que conducía al piso de arriba, mientras el esclavo sacaba de la cocina una bandeja de fruta y los acompañaba al piso superior. Los que quedaron en la planta baja tomaron posiciones.

Gerón subió llevando la bandeja con la fruta.

—¡Alto! ¿Quién va? —preguntó el guardia que custodiaba los dormitorios.

—Soy yo, Gerón. Llevo algo de fruta al príncipe.

No había llegado a terminar la frase cuando una soga comenzó a estrangular al vigilante. Este forcejeó agitándose violentamente, tratando de asir la soga y luego las manos de quien le atacaba, pero otro de los intrusos le dio un fuerte puñetazo en la cara, de modo que perdió el conocimiento y dejó de resistirse, cayendo como un fardo. El que apretaba la soga mantuvo la presión, ahora sin que el atacado se defendiera, hasta que la vida se le escapó en un último aliento convertido en un sordo gruñido.

—El dormitorio del príncipe es ese —dijo señalando una puerta— y las estancias de la reina son las que están al final del pasillo —dijo, señalando ahora en aquella dirección.

—Ocupaos del chico. Procurad no asustarlo, que no grite y, sobre todo, no le hagáis daño. Yo me ocupo de la reina —dijo el que iba al mando.

Mientras dos de ellos accedían al dormitorio del chico, abriendo la puerta con cuidado, el que daba las órdenes se dirigió al fondo del pasillo y abrió la que Gerón le había señalado. Accedió a una antecámara.

—La puerta del dormitorio está enfrente —dijo el esclavo que le había acompañado, sabedor de que aquello estaría a oscuras y difícilmente se podría orientar nadie en esas condiciones sin conocer la casa.

—Está bien, retírate. Déjame solo.

Abrió con cuidado la puerta que el esclavo le había dicho y entró a la estancia. Muy poco a poco, sus ojos acabaron por acostumbrarse a la oscuridad y vagamente pudo percibir dónde se encontraba la cama. Se aproximó a ella y distinguió el cuerpo de Hiana, sumida en un profundo sueño.

Se inclinó, y lentamente fue acercando su mano a la boca de ella. Cuando la tuvo lo suficientemente cerca, con un movimiento decidido y preciso se la tapó para evitar que pudiese gritar. La mujer se despertó sobresaltada y, al darse cuenta de que estaba siendo atacada, comenzó a revolverse con todas sus fuerzas. No paraba de patear y moverse violentamente, tratando de zafarse de aquella mano férrea que le mantenía la cabeza contra la almohada. Él se le echó encima, tratando de inmovilizarla con el peso de su cuerpo. Al poco, ella se agotó y durante un momento dejó de moverse para tomar aire por la nariz.

—Tranquila, por favor, no grites. Soy yo —dijo él, aprovechando el momento.

Ella pensaba que iba a ser violada, pero, al escuchar aquella voz en la oscuridad, quedó estupefacta y quieta. Él aflojó su mano de la boca.

—¿Genserico? —preguntó.

Pero fue decirlo y pensar que no podía ser, que era imposible. Así que volvió a removerse y a intentar escapar saliendo de la cama. Él no la dejó. Volvió a atraparla y a cerrarle la boca.



—¡Estate quieta de una vez! —dijo él, apretándola contra sí—. He venido a rescatarte a ti y a nuestro hijo.

Ella cedió y por fin dejó de moverse.

—¡Genserico...! —dijo.

El forcejeo había resultado intenso, la ropa de cama estaba completamente revuelta, ella tenía descolocada la túnica de dormir que se le había subido, dejando al descubierto sus piernas y prácticamente sus pechos. Todo su perfume envolvía a Genserico que se sintió embriagado. Entonces, la besó apasionadamente en los labios, con un frenesí que le llevó a tomarla en aquel momento.

Hunerico, que al principio se había asustado y mucho, hasta el punto de pensar que iba a perder la vida en un atentado, se tranquilizó cuando reconoció a dos de los asaltantes y consiguieron explicarle qué estaba pasando.

Cuando Hiana, que se había vestido a prisa y corriendo con lo más sencillo y la ropa más cómoda que tuvo a mano, entró, acompañada de su marido, en el dormitorio de su hijo, Hunerico se echó en brazos de su progenitor.

—¡Padre...! —exclamó el muchacho.

Genserico apenas le devolvió el abrazo un momento.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder. No hagas ningún ruido.

Todos comenzaron a descender hacia la planta baja, camino del atrio, siguiendo a Gerón, que se puso en cabeza. El esclavo abrió la puerta apenas lo suficiente como para que pudieran deslizarse al exterior, procurando que los goznes no hiciesen ruido. Allí les esperaba un carro dedicado normalmente al transporte de mercancías, donde se fueron agrupando todos, salvo el guerrero que los acompañaba que subió al pescante junto al conductor.

—Tú te vienes con nosotros —dijo Genserico a Gerón.

No tuvo que decírselo dos veces y subió al carro en un salto, pues estaba viendo que iba a acabar pagando con la vida su

colaboración, a poco que las autoridades investigaran lo que había pasado. Era un esclavo vándalo, y seguro que se convertiría en el principal sospechoso de haber colaborado con los asaltantes, desde dentro de la casa. Si tal cosa ocurría, como parecía inevitable, sería hombre muerto. Ya en el carro, ayudó a subir a Genserico y a colocar la carga, de modo que, quienes iban en la parte de atrás, quedaran ocultos bajo una lona. El carro se puso en marcha, sin pérdida de tiempo, saliendo de inmediato a la calle donde se encontraba uno de los extremos del Circo Máximo, aquella en la que se situaban los carcer o puestos de salida para las carreras de cuadrigas. Desde allí, siguiendo la vía Ostiense, bordearon el Aventino, dejándolo a la derecha, y llegando enseguida al puerto romano en el Tíber.

Podrían haber ido a pie, dada la cercanía, pero, mientras que sí eran horas de que un carro circulara por las calles de Roma, una mujer, con un muchacho, acompañados de Genserico, cuya cojera no podía disimularse, de ser vistos, habrían llamado la atención.

De los cuatro asaltantes que habían quedado dentro dos se dirigieron a la puerta de la cocina, y otros dos salieron al jardín, a donde daba la puerta exterior del cuarto que se estaba utilizando como cuerpo de guardia, y en donde aquellos tres que quedaban seguían jugando a los dados.

Uno de los que había salido se agazapó tras un murete bajo que, pegado al muro del jardín, bastante más alto que el del huerto, separaba en aquella zona el pórtico de la parte de tierra, dedicada a plantas y flores. El otro se escondió detrás de un seto.

Este último lanzó una pequeña piedra al suelo del atrio junto a la puerta del cuerpo de guardia.

—¿Eh...? —dijo el que iba ganando la partida.

Se levantó y salió a ver qué era ese ruido. Nada más aparecer en el jardín, una daga le atravesó el pecho a la altura del corazón. Su cuerpo se desplomó hacia delante, dejando libre la

puerta. El que estaba tras el seto, salió de su escondite y lanzó su daga contra el guardia que estaba a punto de aparecer, atravesándole la garganta. El último guardia desenfundó su espada y fue lo último que hizo, porque desde la cocina y a su espalda, otro de los asaltantes dio un tajo tan certero en su cuello que casi le separa la cabeza con un corte limpio.

Sin perder tiempo, salieron de la casa y se dividieron en dos parejas para acercarse al Tíber a través de las estrechas callejuelas del entorno. A punto de llegar al Emporium, una de las parejas se paró en seco, antes de doblar la última esquina, al escuchar un ruido sospechoso. Esperaron un momento y uno de ellos asomó con cuidado la cabeza para ver de qué se trataba. No era más que un perro rebuscando en la basura.

—¡Vamos! —dijo, doblando la esquina.

—¡Alto! ¿Quién va? —escucharon a unos pasos de ellos.

Quedaron petrificados.

—¿Qué ocurre, guardia? —reaccionó el que estaba más cerca.

—¿Qué hacéis aquí? ¿A dónde vais?

—Buscamos el lupanar de Olfo el cretense —dijo, intentando aparentar que iban bebidos.

Estaba claro que no habían convencido al vigilante y que este se disponía a llamar al refuerzo.

No tuvo oportunidad. La sogá de uno de los componentes de la otra pareja, que acababa de llegar, rodeó el cuello del guardia y ahí terminó el incidente. Arrastraron el cuerpo para ocultarlo de la vista y los cuatro se dirigieron al punto en el que debían encontrar el lintres, una barca larga y estrecha, muy apropiada para el transporte de mercancías en ríos navegables, por su fondo plano y casco redondeado, a la que subieron.

El barquero separó del muelle la embarcación utilizando una pértiga larga con la que la llevó hasta el centro del río. Allí cogió el timón para gobernarla, dejando que se deslizara sua-

vemente, aguas abajo, empujada por la corriente y oculta entre las sombras de la noche.

La liburna que les había traído los llevó a alta mar y allí Genserico, su mujer y su hijo pasaron a la trirreme que hacía las veces de nave insignia. La pequeña flota puso rumbo a África.

Ahora, el rey vándalo se encontraba con las manos libres. Naturalmente, en ningún momento pensaba reconocer que había tenido nada que ver en la desaparición de su hijo Hunerico y de su esposa. Es más, en cuanto tuviera noticias por los canales oficiales, pensaba presentar una queja en los más duros términos y exigir responsabilidades a la corte de Rávena. Ya tenía decidido que ambos deberían desaparecer durante un tiempo, por lo que había ordenado que se les preparase un palacio en Cirta, capital de Numidia, ciudad que había perdido su importancia a causa de los daños causados por los propios vándalos, y que resultaba un lugar discreto a donde apartarlos para que pasasen desapercibidos.

Esto deterioraría las relaciones con el emperador y le permitiría vulnerar el tratado cuando se le antojase, de modo que antes o después, cuando estuviese preparado, pudiera tomar la propia Cartago.

En realidad, el tratado que había firmado, apenas hacía algo más de un año con Roma, no había dejado satisfecho a nadie. A él se le concedía lo que ya era suyo por derecho de conquista, a cambio de quedar legitimado por el propio Imperio en su posesión, lo que había creado gran disgusto entre jefes vándalos y alanos que le seguían, porque pensaban que era absurdo detenerse y conformarse, cuando bien podían haber tomado Cartago. Tampoco les convencía nada que tuvieran que ceder una parte de los tributos recaudados. Además, casi todos consideraban una humillación haber tenido que entregar al joven Hunerico, en garantía del cumplimiento de ese tratado. Para

Gala Placidia y Valentiniano III perder las provincias del norte de África no era algo de lo que precisamente presumir, pero su firma les permitía ganar tiempo, puesto que tenían que atender la defensa de otros territorios, salvaban la zona más rica y productiva desde el punto de vista agrícola y de mayor recaudación de tributos, como era el norte de la provincia protoconsular, y les permitía presentar, frente a los críticos en la corte, el desastre del norte de África como un acuerdo satisfactorio para la defensa de las fronteras y de colaboración militar con un pueblo federado.

Pero Genserico, además, tenía planes a más largo plazo. La toma de Cartago lo pondría en una situación de completa hegemonía en el poder, desde la que sería indiscutible e inatacable. Sería entonces el momento de depurar sus filas, haciendo desaparecer a todos los jefes disidentes, especialmente a aquellos que estaban prestando su apoyo a sus sobrinos, a los hijos del fallecido rey Gunderico, su hermano, sin que se olvidara de la viuda de este. Todos ellos estaban ya sentenciados. Tenía también el firme propósito de crear una estructura de poder en la que quienes ocuparan puestos de relevancia se los debieran exclusivamente a él, para fundar así una dinastía reinante fuerte e incuestionada.

Genserico se encontraba al fin firmemente asentado en el norte de África y dominando la navegación en el Mediterráneo occidental.

¿Cómo era posible? ¿Cómo vándalos y alanos, que no dominaban las técnicas de navegación, habían logrado abandonar Hispania y cruzar el estrecho que separaba dos continentes y además con todo su pueblo? ¿Cómo se había llegado a esto? Hagamos memoria.

## CAPÍTULO II

# CONSTANCIO Y GALA PLACIDIA

A. D. 416-422  
1169-1175 *Ab urbe condita*

Hacía tan solo veinte años que el gran Teodosio había unificado todo el Imperio bajo su mando. Parecía que en ese momento se restablecía el poder de la Roma eterna. Ya Diocleciano, un siglo antes, había conseguido sacar al Imperio del marasmo, el gran peligro y la decadencia que había supuesto el periodo de la anarquía militar y las guerras civiles que a punto estuvieron de acabar con todo. La dinastía de Constantino y la valentiniana recuperaron toda la fuerza, poder y grandeza de una historia que el mundo hasta entonces no había conocido más que en los mejores tiempos del Imperio. Sin embargo, todo estuvo a punto de perderse, una vez más, a raíz de la autorización concedida por Valente, emperador de la parte oriental del Imperio, a los visigodos de Alavivo y Fritigerno, que cruzaron el Danubio para instalarse dentro de las fronteras, que tan celosamente habían sido defendidas de los bárbaros durante siglos.

Aquellos godos venían con la intención de asentarse en las tierras que les fuesen concedidas, y dispuestos a prosperar junto con sus familias, integrándose entre quienes generosa-

mente les acogían, tomando el compromiso de aportar soldados para la defensa de Roma y sus fronteras. Venían huyendo horrorizados por la fiereza de los salvajes hunos que pocos años atrás habían aparecido al norte del Meotis y, en poco tiempo, habían masacrado a guerreros tan temibles como los alanos, a sus hermanos gretungos y a su propio pueblo tervingio liderado por Atanarico.

Aquellos godos solo buscaban sobrevivir y dar seguridad a sus familias, proporcionándoles un futuro al servicio del Imperio. Que Valente les autorizara a entrar en él les llenó de gratitud y no deseaban otra cosa que servirle. Sin embargo, la codicia y la falta de visión de mandos corruptos y, en el fondo, la falta de una auténtica voluntad de acogerlos provocaron tales abusos. Aquellas gentes acabaron por rebelarse y dieron comienzo a una guerra que duró seis años. Las torpezas militares y las nefastas decisiones se encadenaron hasta producir el gran desastre de la batalla de Adrianópolis, en la que se perdió nada menos que dos tercios del ejército romano oriental. No había ocurrido un hecho de semejante gravedad desde la derrota en Cannas en el año 216 a. C., ante Aníbal.

A duras penas, con tesón y gran esfuerzo, Teodosio resultó ser el hombre providencial que consiguió estabilizar y aparentemente superar aquella situación. Sin embargo, el problema ya estaba dentro y, si bien en principio, tras firmar con ellos la paz, los godos colaboraron, finalmente Alarico acabó por poner en jaque al Imperio y a los sucesores del gran emperador, hasta el punto de llegar a saquear Roma, hacía ahora seis años. Los enfrentamientos con este rey debilitaron las fronteras, al tener que retirar de ellas fuerzas que le fueron necesarias a Estilicón para hacerle frente, y en el año 406, aprovechando una inusual helada del Rin, suevos, vándalos y alanos lo cruzaron para asolar la Galia y acabar instalándose en Hispania.

Ahora, los suevos estaban establecidos en el noroeste de Hispania, en el sur se habían situado los vándalos y alanos, en la Galia los visigodos, burgundios y los hunos estaban en la frontera del Danubio. También había partes de la Galia e Hispania controladas por los bagaudas, bandas de rebeldes constituidas por legionarios desertores, colonos evadidos de sus obligaciones fiscales, esclavos huidos, forajidos, o indigentes, que se enfrentaban a la opresión tanto militar como de los grandes terratenientes a cuya explotación querían escapar.

La entrega a Honorio de su hermana Gala Placidia, viuda de Ataúlfo, en manos de los visigodos, desde el saqueo de Roma por Alarico, formó parte de un amplio acuerdo entre Valia y Honorio por el que, a cambio de limpiar Hispania de vándalos y alanos, el pueblo godo sería admitido como *foederati* y se le concederían tierras en Aquitania con sede en Toulouse, al finalizar con éxito su misión. En pago a sus servicios, recibirían seiscientos mil modios de trigo para alimentar a las tropas. Los suevos fueron excluidos del pacto porque mantenían como rehén a una de las hijas del general Constancio.

Prisco Atalo, el que en dos ocasiones había sido proclamado emperador por Alarico, intentó huir por mar y fue apresado por la flota imperial. Llevado a Rávena, Honorio no había olvidado que el ahora preso había pretendido, de haber triunfado como usurpador, mutilarlo y enviarlo desterrado a una solitaria isla, así que supo corresponder y ordenó que se le cortaran dos dedos, uno por cada vez que se había proclamado emperador, y se le confinó de por vida en la isla de Lípári. Era el broche final a una década de lucha constante contra los visigodos y toda una serie de usurpadores. Ahora, la autoridad de la dinastía teodosiana quedaba restaurada en todo Occidente.

Constancio acabó por imponer su voluntad y consiguió ver a Gala Placidia. Esta se mantenía completamente recluida, sin



tener contacto más que con Helpidia, sus servidores más cercanos e imprescindibles y con Lucio Caro.

—Discúlpame, augusta —dijo torpemente un aturrullado Constancio, que, al ver el estado en que se encontraba la joven, se dio cuenta de lo impertinente que había sido su insistencia por verla en persona. Ahora se sentía culpable y abochornado, al comprobar la razón por la que Gala no quería ser vista—. Siento haberte importunado, pero he creído que era mi deber comprobar tu estado de salud. No te volveré a molestar y solo me volverás a ver si me llamas a tu presencia.

—Agradezco tu interés. Puedes retirarte —dijo lacónicamente la augusta a quien desagradaba el personaje y estaba irritada por su insistencia en verla y por haberse visto forzada a ceder.

Constancio hizo una inclinación y salió tan deprisa como pudo de la habitación.

—Así no podemos presentarla ante el emperador —dijo a Marco Lupo.

—Creo que llevas razón. Es necesario que se recupere —respondió este.

A tal extremo habían llegado los abusos cometidos por el ya decapitado Sigerico, tras el asesinato de Ataúlfo, sobre la que había sido la esposa de este.

—Le atenderá mi médico personal y voy a hacer que vengan los mejores médicos y físicos de la región.

Tardó algunas semanas en recuperarse. Todas las magulladuras de su cuerpo desaparecieron y sus pies curaron al fin, aunque no se consiguió que recuperara peso, por lo que, a pesar de todo, seguía presentando un aspecto muy delicado.

Gala Placidia viajó de regreso a Roma rodeada de un gran séquito. Al propio suyo, aquel del que ya disponía en Rávena y que le había acompañado en su deambular durante su aventura con el pueblo godo, se le unió el séquito de Ataúlfo, que

la había acatado como patrona y señora. Constancio no se opuso a que conservase el contingente de tropas privadas que la custodiaban.

Fue recibida en Rávena en una ceremonia fría y formal, que pretendía transmitirle el disgusto de Honorio por la conformidad con que la princesa había seguido los designios de Ataúlfo y su poca resistencia a convertirse en su esposa. Durante meses vivió prácticamente recluida en sus aposentos privados, de los que no salía salvo para asistir a actos oficiales.

—Debes comer, niña. Te estás quedando en los huesos —le decía Helpidia en tono suplicante y preocupado.

Nadie llamaba «niña» a la augusta, ni se habría atrevido a una familiaridad parecida, pero Helpidia era como la madre que no había tenido o, mejor, porque siendo miembro de la corte no tendría la posibilidad de disfrutar de una madre que le diera el cariño y el cuidado que le daba la que había sido su ama de cría y niñera.

—Nadie puede cambiar el pasado, pero tú tienes un futuro que te aguarda y necesitas de todas tus fuerzas para vivirlo —insistía Helpidia, que a duras penas conseguía que probara algunos bocados de la comida que le servían.

Tras la experiencia sufrida, el ánimo de Gala Placidia se vio profundamente alterado. Aquella franca vitalidad que desprendía su mirada y su rostro juvenil lleno de encanto se había trocado en un gesto huraño, colmado de desconfianza. Le embargaba una honda melancolía, de la que le costaba salir, quedando a veces perdida entre su propio silencio, que en raras ocasiones rompía. Lo que había vivido en manos de Sigerico le había roto el alma y, si por ella fuera, se habría abandonado hasta dejarse morir.

Solo los desvelos y los pacientes cuidados de la fiel Helpidia, que a veces conseguía hacerle comer, habían conseguido parar su deterioro físico. La agonía duró meses. Su fiel asistenta dejó de intentar consolarla, en el convencimiento de que con

el tiempo lograría salir de aquella sima, y que aquellos lloros, aquellas lágrimas interminables la harían una mujer muchísimo más fuerte, cuando todo hubiese pasado.

El pacto con los visigodos dio resultado en Hispania y los vándalos silingos fueron vencidos por Walia. Para celebrar esta victoria y la definitiva deposición de Prisco Atalo, el Senado autorizó un desfile triunfal. Honorio quiso celebrar el triunfo en Roma el primer día del año 417. Encontró el emperador que ese marco y ese momento eran los adecuados para que Constancio, que había sido elevado al grado de patricio, y que compartía ese año que se iniciaba consulado con el soberano, se casara con Gala Placidia.

La boda tuvo lugar en la *domus* Flavia y se puso mucho cuidado en que tuviera un especial esplendor para que superase en fastos a los habidos en la unión con Ataúlfo.

—No aspiro a que con el tiempo termines por amarme. Ni siquiera sé si mi persona dejará de desagradarte alguna vez. No me engaño con ello —dijo Constancio en su noche de bodas—. Pero quiero que sepas que pienso cuidarte, pienso velar por tu seguridad y porque tengas cuanto desees y necesites. No encontrarás mayor lealdad que la mía, ni nadie en quien confiar más que en mí.

—«¡Dios mío!» —pensó Gala Placidia— «Está enamorado».

La augusta miró a su marido a los ojos y por un momento tuvo un sentimiento de ternura hacia él.

—Flavio Constancio, soy tu esposa. Deseo que no tengas esos pensamientos negativos. Tendrás siempre mi respeto y sabré cumplir con mis obligaciones para contigo —le dijo.

Era más de lo que Constancio esperaba. A sus sentimientos por ella, sumó el del respeto, al comprobar el sentido que su esposa tenía del cumplimiento del deber.

La princesa, que con anterioridad había experimentado un verdadero sentimiento de rechazo por la persona de Constancio,

supo anteponer sus deberes para con la dinastía. Su hermano seguía sin tener hijos, y, por la experiencia sobre sus gustos e inclinaciones, nadie contaba ya con que los tuviera, así que los descendientes de ella asumían la plena legitimidad para sucederle, manteniendo viva tanto la herencia teodosiana como la valentiniana. Así que, supo poner por delante de su voluntad o gusto el bienestar público, que era lo que llevaba aparejada una sucesión pacífica, y la conservación de los intereses dinásticos.

Placidia se rodeó enseguida de una camarilla en la corte de rigurosos seguidores del credo nicénico, que adquirió un relevante protagonismo en la esfera religiosa, consiguiendo que en el año siguiente se prohibiera la participación en el ejército y la administración pública de paganos, herejes y judíos. La intervención de la augusta en asuntos de Estado no se limitó al ámbito religioso, con lo que su posición política se fue afianzando fuertemente.

Con el fin de asegurar la paz en las provincias meridionales, se firmó un nuevo pacto con Walia, en el que a cambio de renunciar a recibir oficialmente un cargo militar y no exigir pagos en oro, los visigodos podrían asentarse como tropas federadas en las provincias de Aquitania inferior, Novepopulania y Narbonense superior, designándose la ciudad de Tolosa como cuartel general. Los visigodos recibieron un tercio de las tierras cultivables de todas las propiedades romanas del valle del Garona, permaneciendo los pastos como zonas comunes.

Con este acuerdo, el estatus de los visigodos pasó de ser considerado como el de una horda de invasores bárbaros, a convertirse en el de soldados del emperador que ofrecían protección a los terratenientes locales, en defensa del orden romano frente a posibles alzamientos campesinos. Desde el punto de vista demográfico, no podía decirse que alteraran radicalmente la composición de la población, pues los recién asentados no significaban más de un sexto de los pobladores allí esta-

blecidos. Los guerreros visigodos eran dirigidos y respondían ante su rey, pero la administración del Estado correspondía a la burocracia imperial.

Antes de que la evacuación de Hispania se hubiese completado, Walia murió y fue sucedido por Teodorico I, cabeza de la casa nobiliaria de los baltos, que se había convertido en la mano derecha del monarca fallecido, y estaba casado con una hija de Alarico.

Partidario de la alianza con Rávena, fue apoyado tanto por Constancio como por Gala Placidia para reforzar el control legítimo de las Galias por parte del Imperio.

Los gritos de dolor se escuchaban en todo el palacio.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó un aterrado Constancio.

—No estorbar —le espetó secamente Helpidia al general.

Gala dio a luz a una niña a la que se le puso por nombre el de Justa Grata Honoria, en honor a sus tías maternas y al emperador reinante.

Su segundo hijo vio la luz el 2 de julio de 419. Era un niño al que llamaron Flavio Plácido Valentiniano. Flavio era un nombre utilizado por todos los autócratas desde Constantino el Grande, Plácido era en honor a su madre Placidia, que actuaba como transmisora de la legitimidad dinástica y Valentiniano, para destacar la herencia soberana de Valentiniano I, que tenía mayor antigüedad que la teodosiana. Resultaba evidente que el niño sería tenido por legítimo heredero de Honorio.

A Constancio le faltó tiempo para tomar a su hijo entre sus brazos.

—Es un niño hermosísimo. Se ve fuerte y robusto —dijo con una sonrisa en sus labios y unos ojos que miraban a su esposa con agradecimiento.

A Gala apenas acababan de adecentarla tras el parto para que su marido pudiera ver a ambos. Se encontraba agotada.

Ella le sonrió.

Teodosio II, hijo de Arcadio, sin embargo, desde Constantinopla, observaba con recelo los acontecimientos que tenían que ver con Gala Placidia, pues deseaba que, a la muerte de su tío, el Imperio de Occidente fuese a parar a sus manos. Por esto, se sintió alarmado cuando Honorio designó a Constancio, padre del recién nacido, como cónsul por tercera vez, honor que, durante los últimos trescientos años, solo se había reservado a los emperadores.

—¿Crees que tu hermano acabará por asociarme al trono? —preguntó Constancio.

—No me cabe la menor duda. El que te haya concedido un excepcional tercer consulado es un mensaje claro hacia todos de que reconoce en nuestro hijo a su heredero natural. Tú eres su padre y estás a la cabeza del ejército. Te asociará al trono —dijo Gala Placidia.

—No parece muy dispuesto a tomar la decisión.

—Ya encontrará el momento adecuado. No quiere molestar a nuestro sobrino Teodosio o, mejor dicho, a Pulqueria, que es la que realmente dispone en aquella corte.

Más de un año tardó Gala Placidia en convencer a su hermano, pero finalmente, el 8 de febrero del 421, Honorio proclamó a Constancio augusto y, en la misma ceremonia, ambos coronaron como augusta a Gala y confirieron a Valentiniano el título de *nobilisimus* que le convertía en el sucesor tanto de su tío, como de su padre ahora en el trono.

El gobierno de Constantinopla se negó a dar respuesta a la comunicación oficial de este evento, lo que significaba que Teodosio II se negaba a reconocer a Constancio y Gala Placidia como augustos y a Valentiniano como *nobilisimus*.

Las relaciones entre ambas cortes se enturbiaron cuando Teodosio II, a instancias de su hermana Pulqueria, verdadero poder en Oriente, decidió casarse con Eudocia, la hija del filósofo ateniense Leoncio, buscando con ello instaurar su propia

dinastía. Pero lo que hizo que la situación adquiriera la categoría de *casus belli* fue la decisión de subordinar todas las iglesias de la prefectura de Iliria a la sede de Constantinopla. Hasta ese momento se encontraban adscritas al patriarcado de Roma, actuando el obispo de Tesalónica como vicario de Inocencio I. La situación llegó a tal extremo que Rávena se puso a preparar una campaña contra el Imperio oriental.

Por primera vez en veinte años, Occidente se encontraba libre de contiendas civiles, al haber acabado Honorio con todos los usurpadores, y libre también de la amenaza de los bárbaros. En Hispania la situación había mejorado notablemente tras alcanzarse un pacto con los suevos y los vándalos asdingos para que se mantuvieran en la provincia de Gallaecia, a cambio de permanecer allí como tropas del Imperio. Sin embargo, los asdingos, que se habían visto reforzados por los alanos que habían conseguido escapar de la acción de los godos, intentaron ampliar el área donde efectuaban sus requisas a costa de los suevos. Tuvo que intervenir el *comes* de Hispania, Asterio, que actuó en favor de los suevos, obligando a los vándalos a replegarse hacia Braga, donde muchos de ellos fueron masacrados.

Parecía que la zona quedaba pacificada, pero poco después del regreso de Asterio a Rávena, el usurpador Máximo, que vivía refugiado entre los bárbaros, volvió a vestir la púrpura con el apoyo militar del vándalo Gunderico, que quería con ello presionar a Rávena para obtener un acuerdo favorable, como lo habían conseguido los suevos. Honorio se negó a negociar, y en la primavera del 421 envió un ejército a Hispania al mando del general Flavio Castino Víctor, que había sido nombrado general en jefe en sustitución de Constancio, tras su nombramiento como augusto. Bonifacio, el defensor de Marsella ante Ataúlfo, también se unió a la expedición, al mando de los federados godos puestos al servicio del Imperio por Teodorico I.

La campaña tuvo lugar en la Bética, que se encontraba bajo ocupación de los aliados bárbaros de Máximo, quien se dirigía a Gibraltar con la intención de pasar al norte de África. Detenido el avance vándalo, Máximo fue capturado y enviado de inmediato a Rávena.

—La victoria en Hispania de Castino y Bonifacio me permite volcar todas mis energías en preparar la campaña contra Constantinopla —dijo Constancio a Gala Placidia, a la que comunicaba las buenas nuevas llegadas de la península, que tan convenientes eran a sus intereses.

La relación entre Gala Placidia y su marido era la propia de todo matrimonio de Estado en la que el amor, el gusto o la propia elección no juegan papel alguno. Pero la llegada de sus dos hijos, y el hecho de que sus intereses, precisamente por preservar los derechos dinásticos de los mismos, cada vez eran más coincidentes, habían logrado que su relación resultase al menos tan cordial como fuera posible. Con el trato, el rechazo físico que ella sentía por su marido se había matizado, pues el tiempo todo lo suaviza, y Gala además había llegado al convencimiento de que Constancio era un militar capaz, un hombre inteligente y un administrador eficaz, que era lo que más convenía a sus hijos para asegurar su sucesión al trono.

—Parece como si el destino se empeñara en indicarnos cuál es el camino. En cualquier otro momento, preparar una campaña contra Oriente habría resultado una quimera. Cuando no Alarico, algún usurpador y cuando no, otro usurpador más, o más bárbaros cruzando la frontera. Estoy convencida de que se trata de un designio divino para que nuestro hijo reine en un Imperio unido, como lo hizo su abuelo Teodosio —dijo Gala Placidia con evidente entusiasmo—. Esta vez lo conseguiremos.

—Cuenta con ello. No lo dudes.

—Mi hermano no va a tener descendencia, como ya resulta evidente, y por lo que se refiere a mi sobrino Teodosio debe-



mos impedir que la tenga. Si lo conseguimos, nuestro hijo Valentiniano lo heredará todo —dijo Gala.

Sin embargo, como no hay cosa humana segura que el azar o el tiempo no pueda tumbar, Constancio contrajo unas fiebres, que, en Rávena, al estar rodeada de pantanos resultaban endémicas, y su estado se agravó en pocos días de tal forma que le sobrevino la muerte el 21 de septiembre. Seis meses había durado su papel como augusto del Imperio occidental asociado a Honorio.

Con la muerte de Constancio, se pudo poner en evidencia hasta qué punto era fuerte el sentimiento de mantener la concordia entre ambas partes del Imperio. Los preparativos para la campaña de Oriente, sin el impulso del augusto desaparecido, se ralentizaron. La facción de altos dignatarios y oficiales del ejército opuestos a la guerra desplegaron toda su influencia sobre Honorio para intentar evitarla. Gala Placidia, que era partidaria de llevar a cabo la campaña, quedó en una situación muy difícil, porque sin el poder de su marido en el ámbito militar, el suyo para conseguir su propósito estaba muy mermado, pues un sector mayoritario dentro de la milicia se oponía a seguir con el proyecto. A su favor tenía al general Bonifacio, *comes Africae*, pero en contra estaba Castino y el ya general Aecio.

Desde el punto de vista militar, el hombre fuerte en el ejército era su comandante en jefe, el recién nombrado Castino, que permanecía en Hispania organizando una nueva campaña contra los vándalos. Su postura fue determinante al ponerse a la cabeza de la facción contraria a la guerra.

En otoño, Honorio dio definitivamente orden de suspender los preparativos bélicos y puso los medios necesarios para reconciliarse con su sobrino Teodosio, con el que acordó compartir consulado para el siguiente año.

La campaña de Castino en Hispania resultó un fracaso. Para vencer a los vándalos, que estaban saqueando la Bética, el general disponía de tropas comitatenses de la Galia y la ayuda

de los federados godos que aportaron fuerzas sobre todo de caballería. El general en jefe romano contaba con el general Bonifacio en su Estado Mayor, pero ambos eran enemigos. El *comes* Bonifacio estaba convencido de que Castino era el responsable del aislamiento y la pérdida de poder de su patrona, Gala Placidia, que, desde la muerte de su marido, Constancio, veía disminuir la influencia que tenía sobre su hermano, en favor de la facción de los partidarios de la paz con la parte oriental del Imperio.

Al comienzo de la campaña, Castino logró rodear a los vándalos, cerca de Hispalis, de modo que estuvo a punto de someterlos por hambre, pero ambicionando obtener en aquella ocasión tanta gloria militar como pudiera, decidió presentarles combate. Bonifacio era contrario a esa táctica por considerarla inútilmente arriesgada, pues para vencer, bastaba mantener el cerco sin asumir mayores riesgos. Sus desavenencias hicieron que Bonifacio finalmente optase por volver a África acompañado de sus tropas, pues tal y como estaban las cosas, llegó a la conclusión de que la situación se estaba volviendo muy peligrosa para su seguridad personal. Castino, para evitar un enfrentamiento entre las tropas de ambos, que no conseguiría otra cosa que destrozar al ejército romano, lo dejó marchar.

A pesar de todo, Castino decidió atacar a los vándalos. Ocurrió entonces que, en mitad de la batalla, un numeroso grupo de godos, entre los que se había corrido el rumor de que Bonifacio había abandonado por estar en desacuerdo con el trato que en Rávena estaba recibiendo Gala Placidia, a la que seguían considerando como su reina, desertaron, y el ejército imperial fue vencido, teniendo que retirarse los supervivientes a Tarraco, capital de la única provincia Hispana realmente dominada por el emperador, en aquel momento. Para lograr huir, y que la derrota no se convirtiera en masacre, tuvieron que dejar todas las pertenencias de valor en el campamento

abandonado al saqueo de los vándalos, que, entretenidos en apropiarse del botín, les dieron el tiempo suficiente para realizar una retirada con cierto orden.

A Tarraco llegó Castino en los últimos días del año acuartelando las tropas para pasar el invierno.

La situación en Hispania seguía tan complicada como antes de iniciarse la campaña. Los suevos sometían a tributación en Gallaecia a los ciudadanos romanos; Gunderico, rey vándalo, era el único poder en la Bética, y, a duras penas, el vicario Maurocelo resistía en Emérita, aunque podía darse por perdida la Lusitania ante un contraataque de los vándalos.

Castino, que siempre tenía que culpar a alguien, echaba en cara a Asterio, el *comes* de Hispania, que en su victoria dos años atrás contra Gunderico, en los montes Herbasios, perdiese el tiempo con la captura del usurpador Máximo, que le valió ser elevado al rango de patricio por Honorio como agradecimiento, pero que permitió escapar a los vándalos casi indemnes, entretenidos después en perseguir herejías.

No obstante, aunque fuera eso lo que pensaba, era consciente de que, en la corte de Rávena, toda la responsabilidad de la derrota caería sobre sus espaldas. La noticia efectivamente produjo una gran conmoción en el entorno del emperador y, al ver peligrar su posición, los partidarios de Castino hicieron caer la responsabilidad del desastre sobre Bonifacio, a quien acusaron de traición. Pero no se conformaron con eso, sino que aprovecharon el momento para involucrar en la trama a Gala Placidia que era patrona del *comes* de África.

—Pero ¿cómo se atreve ese canalla a hacerme a mí responsable de su derrota en Hispania? —decía la augusta indignada.

—No se conforma con acusarte de la retirada del *comes* Bonifacio, sino que te culpa de la desertión de los godos —dijo Lucio Caro, que informaba de cuanto ocurría en la corte, que no era otra cosa que un nido de víboras.

—No pienso perdonar a Castino —decía Gala enfurecida—. Le haré pagar sus insidias. No solo viene difundiendo además que obligué a mi marido Constancio a asumir la dignidad imperial, sino que ha cometido la bajeza miserable de acusarme de que, a su muerte, he seducido a mi hermano Honorio y vivo con él incestuosamente para ganar influencia y poder.

La acusación carecía de fundamento, pero no de motivos, porque Honorio sentía una atracción enfermiza por su hermana, que le hacía mantener en público actitudes impropias de un soberano digno de respeto. La acosaba continuamente, la perseguía, la acariciaba y la besaba de una forma que no se correspondía con el amor propio de un hermano. Gala soportaba como podía estos arrebatos, cuidando de no herir a su hermano y de no ofender a su emperador, pero ni su moral ni sus férreas creencias como cristiana permitieron nunca que las pretensiones de su hermano llegaran a más.

Honorio fue incapaz de resistir las presiones de los partidarios de Castino y no depuso al general. Gala Placidia se sintió tan agraviada por esta postura que, con la ayuda de su camarilla, encabezada por Helpidia, Leonteo, su administrador, y Padusia, esposa de Félix, antiguo oficial de Constancio, organizó un golpe palaciego. El objetivo era eliminar a la facción de Castino, pero todo se vino abajo cuando se descubrió el complot y lograron neutralizar a los partidarios armados de Gala, en medio de un baño de sangre.

Castino volvió a Rávena y acusó a Gala de conspirar contra su hermano para arrebatarle el trono en beneficio del pequeño Valentiniano.

Honorio, en el fondo, sabía que nada de eso era cierto, pero desde la muerte de Constancio, ya no tenía la completa seguridad de la lealtad del ejército y temía que el general en jefe pudiera usurpar el poder, si no se seguían sus designios.

El resultado fue que Gala Placidia y su hijo se vieron excluidos de la corte y confinados en su palacio de Roma, desde donde, mediante correos secretos, logró convencer a su sobrino, el soberano de Oriente, de que ella y sus hijos corrían grave peligro estando cerca de Castino, lo que ponía en riesgo la propia continuidad de la dinastía.

Teodosio II intercedió por su tía para que se le permitiera trasladarse a Constantinopla, cosa a la que Honorio acabó cediendo, no sin antes ser obligado por Castino a emitir un edicto por el que se la acusaba de conspiración con los enemigos del Imperio, condenándola al destierro perpetuo de Roma y de Italia.